

MEDITACION SOBRE LA CAMPAÑA NAVAL (1936-1939)

por INDALECIO NUÑEZ IGLESIAS

Vicealmirante

I

El Almirante Nakayama, de la Marina Imperial Japonesa, director de la Escuela de Guerra Naval de su país, me pidió, allá por el 1956, la bibliografía de la Campaña naval de nuestra Guerra de Liberación.

—«Ustedes —me dijo en casi correcto castellano, aprendido en sus tiempos de Agregado Naval en Chile— han enseñado al mundo cómo se puede combatir y triunfar con tan terrible inferioridad material ante el enemigo y ante la longitud de las costas a bloquear. El Japón —añadió— está en el mismo caso: hemos perdido todo, mandos, dotaciones y barcos, pero el peligro acecha desde las costas de Siberia y desde las de Corea; acecha con la propaganda comunista en el interior, que no podemos atajar porque somos demócratas; acecha con la revolución oriental provocada por nuestra derrota ¿Cómo preparar la defensa? Sólo ustedes nos pueden enseñar.»

* * *

Naturalmente, no pude ofrecerle nada porque, aparte de relatos periodísticos, colecciones de episodios y anecdotario de heroísmos, nada hay que enseñar. La Marina Española no es aficionada a ello. La primera Estrategia Naval publicada en el mundo, la del capitán de fragata Montero Rapallo, sigue ignorada; el mejor almirante del siglo XIX, no saben los españoles que fue don Casto Méndez Núñez, como no saben que Tegetoff en Lissa no izó el «Inglate-

rra espera...», muy a la moda decimonónica, transformada, en su caso particular, en «El Imperio espera...», sino que se limitó a la «Imitad a los españoles en el Callao», como superación de todas las gallardías.

Desde su responsabilidad de maestro, el almirante Nakayama quiso preparar, por si acaso, la señal «Imitad a los españoles en 1936»; pero ¿cómo imitarnos si no sabía cómo lo habíamos hecho?

* * *

Al paso que vamos, tampoco lo sabrán las generaciones que nos siguen. Es cierto que quedarán memorias heroicas, porque el heroísmo de la oficialidad de la Armada escaló las cumbres de lo inaccesible, pero desaparecerán las enseñanzas técnicas. La Marina Española, desde los días que tuvo que abandonar los barcos para empuñar el fusil, allá por el 1808, está abrumada por irreflexiva modestia con perfiles de monástica humildad. En 1808, los barcos eran tan imprescindibles como lo son ahora, época de la aviación y de los cohetes, para dominar el mar, y el dominio del mar era tan necesario entonces como lo es ahora, para ganar las guerras, a pesar del «apretar botones» de las llamadas armas atómicas, adjetivadas con todos los super. Pero entonces el dominio del mar nos lo servía en bandeja de plata nuestra querida aliada la Gran Bretaña, cuyos generales se declararon propietarios, en exclusiva, de figuras, como la de Torres Vedras o como la de La Coruña —ofensa y defensa—, que continúan en plena vigencia.

A partir de 1814, los Gobiernos españoles, los Gobiernos «persas» y los Gobiernos que marchaban, francamente, tras el rey, por la senda constitucional, los Gobiernos nacidos del Pronunciamiento, de la Revolución o de las Urnas, en el devenir del siglo y de las ideas, convencieron a los españoles que la Marina la habíamos perdido en Trafalgar y era imposible de reconstruir. ¡Qué gran inteligencia la británica, para convertir la su tan apreciable victoria en la guerra que sostenía contra Francia, en una derrota definitiva para el porvenir de España!

(En Trafalgar y en el temporal funeral que le siguió —digamos entre paréntesis— nos perdieron los franceses diez navíos; en las listas de la Armada de 1805 figuran cuarenta y nueve. Perder un veinte por ciento de efectivos en época de florecimiento de la cons-

trucción naval en madera, no permite históricamente aceptar ese algo definitivo que aceptaron los Gobiernos españoles, refugiándose en el parlamentario «No me toque usted a la Marina», injurioso para los españoles conscientes, que la estaban deseando tocar y que aceptó fatalmente la Armada refugiándose en el «España vive de espaldas al mar» calumnioso, porque no se podía achacar a la mentalidad nacional, la incapacidad o la impotencia de sus Gobiernos.)

* * *

Las guerras, además de historia, son extraordinarias obras de arte, que suelen inmortalizar los vencedores con ingentes obras, a veces más fatigosas que la misma lucha.

La urgencia de salvar el monumento bélico para la posteridad, obliga a los pintores y a los músicos, a los literatos y a los escultores. Pero esto no basta; no basta el cuadro de «las Lanzas» para aprender lo enseñado en Breda, ni bastan los «fusilamientos del 2 de Mayo», para admirarnos ante la reacción de Madrid; no basta el «1812» de Tchaikowski para descubrir el «general invierno» en Moscú, ni bastan las memorias de Moltke para comprender el Gran Estado Mayor General alemán. La literatura contemporánea y la plástica, la música y la pintura sólo sirven, tratadas en laboratorios de investigación y crítica, para descubrir los aciertos y errores de los mandos y combatientes y sobre todo, por encima de todo, para encontrar las piedras donde ellos tropezaron y apartarlas de nuestro camino, del camino histórico de nuestro destino; para reducir al mínimo las circunstancias adversas y elevar al máximo las favorables del porvenir, máxime si este destino es Unidad en lo Universal, uno de los postulados del Movimiento.

* * *

Nuestras contiendas navales han dejado, como todas, diarios y relaciones, cuadros y reliquias, pero todo disperso y nada explotado en laboratorio. Todavía —y ya hace sesenta y seis años— no hemos juzgado a la guerra de Cuba; todavía —y ya hará cien, el centenario, en 1966— no hemos analizado la campaña del Pacífico. Pasó el centenario de la de Africa y seguimos sin saber por qué el Capitán de Navío don Miguel de Lobo, con florida marinería, tuvo tan des-

tacada actuación en el fuego de los Castillejos. ¿Quién sabe algo del transporte a Italia en apoyo de la Santa Sede en 1849? ¿Quién nos ha explicado lo naval en la ocupación de Santo Domingo o la intervención en Méjico en 1861?

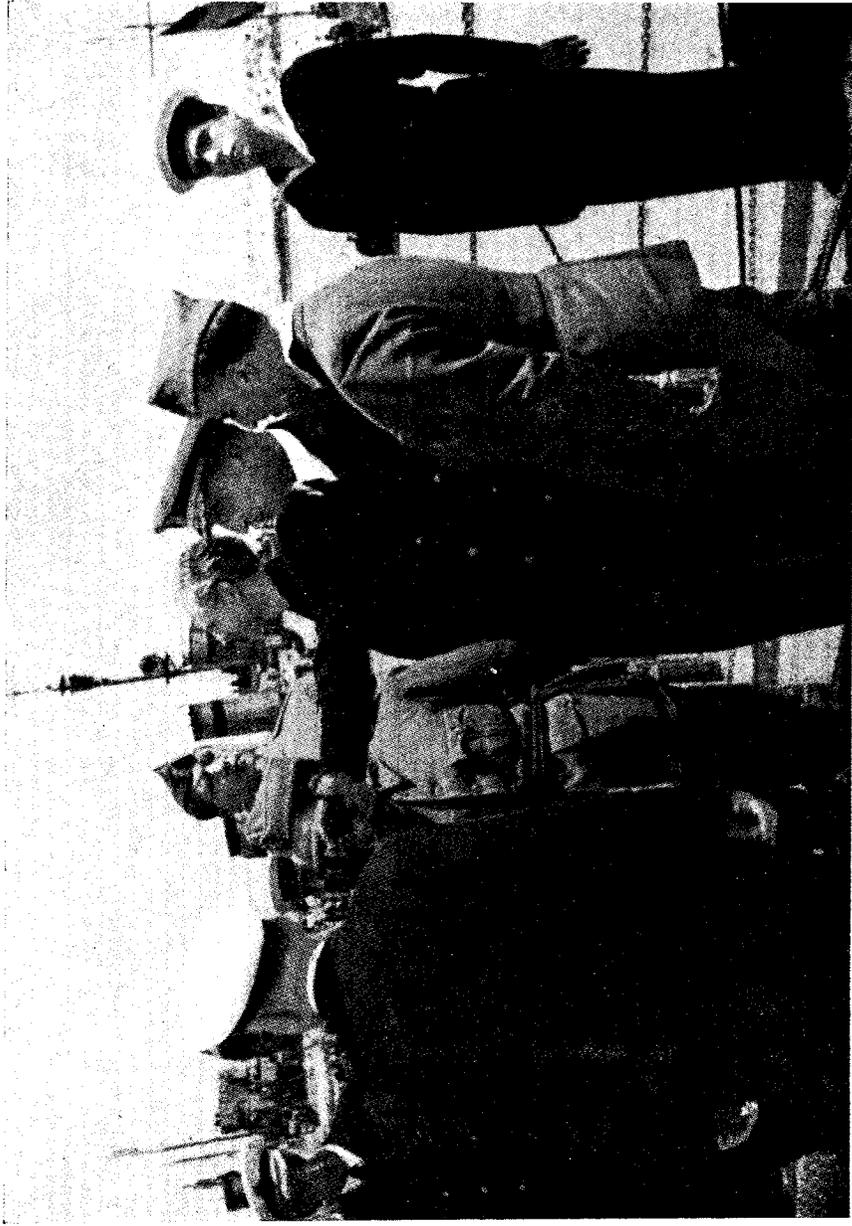
* * *

En España, tanto en lo nacional como en lo internacional, siempre ganó el bando que poseyó el dominio del mar. Tres guerras carlistas perdidas, a pesar de Zumalacárregui, probablemente el más ilustre general del siglo, porque la Marina era «guiri»; una revolución triunfadora —la Gloriosa—, porque sus directores buscaron, como primer apoyo, el apoyo del mar. Las Cabezas de San Juan las salvó la Marina, cuando Riego podía considerarse como definitivamente derrotado. Los Cantonales vivieron lo que una Marina pirata pudo vivir.

Pero todo esto más lo adivinamos que lo sabemos. Los historiadores generales, cuando citan a la Marina, es para quemar incienso ante un momento estelar, pero jamás ante una persistencia de acción.

En este aspecto, en los doscientos cincuenta años de existencia de la Real Armada —el quinto cincuentenario en 1967— sólo tuvo una época de esplendor con las Reales Ordenes firmadas en 1790 por el baylio Fray don Antonio Valdés, que iniciaron las colecciones Fernández de Navarrete, Vargas Ponce y Sanz de Barutell; mas a este trío de ilustres, casi medievalista, faltó otro trío de lo actual, por ser la historia quizá la única ciencia que no se detendrá jamás. Don Cesáreo Fernández Duro, que con tanta inteligencia utilizó las Colecciones, se detuvo en el parto de los Estados hispano-americanos y no ha tenido seguidor. Los hombres ilustres de la Armada sólo se dedicaron a la monografía, y los historiadores generales a servirnos epitomes de lo bien manido sabiamente utilizado, para justificar frases célebres y aureolar actitudes dignas de épica.

La Guerra de Liberación no ha sabido escapar a la ley general. El material de laboratorio existente es desgraciadamente escaso. Sólo conocen la imprenta las «Memorias» del Almirante Moreno, Jefe de la Flota Nacional —extractadas e incompletas—, que no han sido todavía sometidas a estudio crítico; existen «apropósitos» bastante estimables, y a su cabeza los del portugués Mauricio de Oli-



Después del corte de la zona roja (15 de abril de 1938), el Generalísimo pasa revista a las unidades ligeras de la Flota Nacional, en Vinaroz.

(Del libro «Guerra en el mar», basado en las memorias del Almirante Francisco Moreno.)



Un buque de la Marina nacional, el «Navarra», fotografiado el día del desfile naval de Tarragona, el 22 de febrero de 1939.
(Del número de abril de 1939 de la revista «Vértice».)

veira, ya con marcado olor a rancio ; por parte del enemigo, como derrotado, no existe más que baba, donde toda calumnia tiene su asiento y todo crimen su apología.

* * *

Pero esto no basta. Si alguien quiere conocer el diario de lo ocurrido, la cronología de las operaciones, la progresión logística o la evolución orgánica, le aconsejamos lea las voces correspondientes en los diccionarios. El mejor, el «Enciclopédico de la Guerra» seguido del Espasa. De momento, aparte de las citadas Memorias, no podemos ofrecer más.

II

Pudiera denominarse nuestra guerra, la Guerra de las Figuras, porque ofrece al estudioso imágenes de casi todas las situaciones clásicas, basadas en principios eternos y en conceptos establecidos; imágenes perfectas que no encontraremos en la segunda mundial, ya que en ésta la masa privó sobre la maniobra en todas las combinaciones, como privaron los obreros sobre los soldados en el esfuerzo, y privaron los científicos sobre los generales en la inteligencia. La definición Clemenceau, tan aplicable, no tuvo vigencia entre nosotros, como tampoco la tuvo la sorpresa técnica procedente de las factorías, sorpresa que pudo llamarse V-2, snorkel, bomba atómica, o vaya usted a saber: hasta la penicilina se conservó como secreto de guerra y hasta el radar logró victorias. En nuestra guerra permanecen ausentes, hasta el final, las masas acorazadas, las mandas submarinas, los trenes de desembarco, los conjuntos aéreos con capacidad conventryzadora... y la electrónica.

Pero tuvimos mandos de cultura elevada que conocían figuras de la Biblia, conceptos de Jomini, imágenes de Alejandro y principios de Clausewitz. El genio del Generalísimo, no se mide por su capacidad de gobernante, ni por su visión de estadista, ni por inteligencia organizadora, porque no se trata de Bismark, ni de Carnot. Su genialidad es como artista estratégico de la Escuela de Cayo Cornelio Tácito. No dispone, al principio, de fuerzas para crear situaciones, pero sí de talento para observar cuidadosamente las imprudencias del enemigo, como en la defensa de Vizcaya, y para observar sus

temeridades, como en Brunete, como en Teruel o como en el Ebro; imprudencias y temeridades que utiliza como propia seguridad de maniobra y transforma en victorias inmarcesibles.

Entiéndase bien que hablamos de imprudencias y temeridades de guerra y no de combate; que hablamos no sólo de imprudencias y temeridades estratégicas y tácticas, sino también políticas y económicas, orgánicas y morales.

El Caudillo no se dejará llevar en toda la contienda por ningún objetivo secundario, por brillante y atrayente que sea. El Caudillo se adueña de la moral de la batalla, por ejemplo, porque el adversario cometió el trágico error de basar la suya en el crimen. En nuestra guerra no sucedió lo que en otras, en las que ambos bandos, por su patriotismo, primera fuerza moral, y por su disciplina, primera fuerza orgánica, se merecieron el triunfo.

El Señor Dios de los Ejércitos concedió la victoria al General Franco, bastante antes del 1 de octubre de 1936. Todos los combatientes lo sabían; en cuanto a los rojos, la inconsciencia los había sumido en la confusión. Enseñanza.

* * *

Guerra de las Figuras. Empieza con una cualquiera de las de Alzamiento, desechadas por impracticable cualquiera de las conocidas de Golpe de Estado. Esta imagen inicial se debe, según los más solventes autores, a la Unión Militar Española, presidida por el General Sanjurjo, la que al parecer no tuvo en cuenta a la Armada. Grave error, porque la famosa marcha relámpago y concéntrica hacia Madrid, admisible teóricamente, era muy poco posible en la técnica concreta de aquella situación, era de muy escasas probabilidades de éxito. La variante intervención de la Armada como fuerza imprescindible no debió ser considerada; y la atracción de la Armada, caso de considerarla segura enemiga, hacia objetivos de diversión, tampoco. Enseñanza.

La Armada, no pudo por ello apropiarse de los principios de prioridad y sorpresa, tan fundamentales en todas las ocasiones, por entusiasta que fuese su adhesión al grito del Llano Amarillo, entusiasta adhesión de trágico y heroico desenlace, en olor de Patria.

* * *

Guerra de las Figuras. Fracasado el Alzamiento en tantos lugares de categoría decisiva, se apareció la guerra con múltiples figuras de Castillo, de conocida función estratégica, ignorada por la mayoría de los tratadistas de la gesta; tan ignorada que anidó el concepto de «islotas de resistencia», empleando la palabra islote como diminutivo de isla y de su participio pasado islado o aislado, desprovista de toda clase de conexiones.

Entre estos castillos, se hacen famosos los que desempeñan su función de manera magistral: Santa María de la Cabeza, asegura Córdoba, permite enlazar a ésta con Granada y formar un frente inicial, punto de partida, que envuelve a la provincia de Málaga; el Alcázar de Toledo favorece la maniobra de enlace de las zonas alzadas norte y sur, enlace de urgente necesidad para usufructuar en parte las ventajas de las líneas interiores, en los antiguos y modernos criterios logísticos, cuando no se posee el mar.

También son magistrales los castillos de Oviedo y Gijón. Gijón, atrae fuerzas suficientes como para aliviar el cerco de Oviedo; Oviedo y Gijón, fijan fuerzas suficientes como para evitar la invasión de Galicia y la invasión de León, que en los primeros momentos hubiese sido fatal para la Causa, por estar viviendo Galicia todavía la fase de Alzamiento e iniciando la fase de Organización, y por ser Galicia tumultuoso torrente que encauzado, convertido en fuente, podría alimentar la guerra con hombres y con barcos, con Cuerpos de Ejército y Escuadras.

Si el Castillo de Loyola, en San Sebastián, hubiese vivido lo que el de Simancas en Gijón; si el Castillo de Albacete, hubiera durado lo que duró el Alcázar, la maniobra conjugada de Castillos y movimientos, hubiese sido muy otra.

Conviene, a los que quieran aprender, mantener abierta la meditación sobre estas figuras; conviene alimentar así las ideas, haciéndolas penetrarse de la mentalidad del General en Jefe.

De lo contrario, no comprenderán nada y se sumergirán en bizantinismos, de señalamiento de objetivos y dirección de impulsos; como aquel bizantinismo de si una vez ganada la batalla de Talavera, debieran marchar las tropas en impulso liberador a Toledo o en impulso político a Madrid. Los del segundo bando demostraron su ignorancia supina sobre la misión estratégica toledana.

Las guerras se hacen a tiros y las historias con documentos. Sabido que el efecto del documento de guerra es provocar la Decisión, que es siempre maniobra y fuego. Pero —en nuestro caso particular— el genio la expresaba verbalmente sin necesidad de documento, tras dar una vuelta al horizonte; horizonte muy amplio, porque en el del Caudillo no sólo figuraban los castillos quietos y las tropas marchando, sino también Washington y Moscú, la Sociedad de Naciones y el Comité de No Intervención, el eje Roma-Berlín y el Frente Popular francés, la Internacional comunista, entonces llamada Komintern, y la guerra Chinojaponesa. En la mentalidad del Caudillo penetraba la conquista de Abisinia y el problema de los sudetes, el pasillo de Danzig y el Anschluss, y todo esto —el fundamento de cada Decisión— no podía figurar en el documento de la guerra.

* * *

El Almirante de la Flota, nombrado para este cargo el 30 de julio —hay que tener en cuenta la fecha, porque el mismo día, al nombrar lo también vocal de la Junta de Defensa Nacional, constituida en Burgos el 24 de julio, se le consideró implícitamente Almirante Jefe de la Marina—, dice en sus «Memorias»:

«El desconcierto era general, Ferrol procedía por su cuenta; no se tenían noticias del resto de España... No sabíamos quién era el Jefe del Movimiento. Sólo en algunas ocasiones el General Mola daba instrucciones, que la mayoría de las veces no se podían cumplir por falta de elementos».

A pesar de tal desconcierto, el 29 de julio pudo un crucero —las Fuerzas Navales nacionales eran sólo un crucero— abrir fuego contra el cerro de Santa Catalina. Este día comenzó la cooperación activa de la Armada, creando situaciones, por prolongación de la vida del Castillo de Simancas.

III

El Alzamiento en las provincias Cantábricas, había fracasado. Sin embargo, en San Sebastián vivía el Castillo de Loyola, objetivo atrayente para el General Mola pero secundario, por cuanto el principal en aquel teatro era el aislamiento de Francia, cuyas Farmacias frente-populistas despachaban toda clase de reconstituyentes para for-

talecer al enemigo. Las tropas de Beorlegui, fracasadas en su avance por el valle del Bidasoa, tuvieron que decidirse a penetrar por el boquete de Oyarzun; mas cuando se acercaban a Rentería, la traición mató el Castillo de Loyola, e hizo volver a la estrategia por sus fueros, orientando las operaciones hacia Irún, con el apoyo naval de una Flota que ya eran dos barcos y no uno: un acorazado y el crucero dejado frente a Gijón. La conquista de Irún, el 4 de septiembre, y la de San Sebastián, el 13, permitieron ejecutar la victoria y liberar la provincia de Guipúzcoa. El 21 de septiembre de 1936 las tropas alcanzaban la orilla del Deva.

¿Por qué se detiene la ofensiva allí?

«El Ejército del Norte —dice Manuel Aznar— ya no puede ir más allá. Está cansado. El ciclo de Operaciones de Guipúzcoa ha sido largo y peligroso.»

Aún reconociendo que la estrategia es arte de posibilidades y aún reconociendo que el principio de economía de fuerzas debe privar forzosamente en todas las combinaciones, la detención de la ofensiva en la raya de Vizcaya era fatal, porque Vizcaya producía trágica angustia. Temíamos, lo temíamos todos:

1.º La declaración de Independencia del País Vasco, seguida de la declaración de neutralidad en la Guerra Civil.

2.º La declaración de Protectorado británico o anglo-francés para proteger dichas autodeterminación y neutralidad. Del laborismo británico todo era de temer, aún gobernando los conservadores, heridos en el ala por las cuestiones de Abisinia, Egipto, Alemania y el rearme, con un rey, Eduardo VIII, acusado de filofascista por las oposiciones; del frente Popular francés era de temer todo.

* * *

Lo temíamos mucho antes de haberse creado la extraña figura de Formosa; lo temíamos mucho antes de nacer las tres Alemanias, las dos Coreas, las varias Cochinchinas que nadie sabe cuántas son, los diversos Laos, y la multitud incontable de repúblicas negras; lo temían incluso los rojos cien por cien, por significar el rotundo fracaso de su política socialista y atea, y lo temía su Ministro de Marina, Indalecio Prieto, que quiso brindar la salvación de Bilbao al «No pasarán» de la Komintern, frente a las rogativas de los separatistas. Por eso les envió la Escuadra, fuerza principal de que disponía.

Gravísimo error. El traslado, por muchas ventajas políticas que tuviese, estratégicamente era un suicidio.

* * *

El 20 de septiembre de 1936, la víspera de que llegásemos a la orilla del Deva, pasaba el Estrecho de Gibraltar rumbo a Poniente el grueso de las fuerzas navales rojas; el 25 bombardeaban las líneas nacionales... y, teóricamente al menos, detenían nuestra ofensiva.

Bilbao se exaltaba en «No pasarán» y materializaba el slogan iniciando la construcción del «Cinturón de Hierro». El General Mola, victorioso, se encontraba ante la situación del victorioso General Zumalacárregui. El bloqueo del Cantábrico, hecho con bous armados, que no de guerra, se levantaba automáticamente y los puertos rojos se abrían al recurso de todas las banderas, demócratas unas y de conveniencias las más. La derrota carlista —creyó Prieto en su ignorancia— estaba asegurada como en la primera y en la tercera guerra..., pero el Cantábrico no era ahora el teatro decisivo. Enseñanza.

* * *

Había otros, y entre los otros, el Estrecho como fundamental. La marcha concéntrica del invicto Ejército de Africa estaba detenida por falta de puente, aunque dispusiéramos de cabezas en las bahías de Algeciras y Cádiz y en la cuenca del Guadalquivir. La Flota Roja dominaba las aguas entre Scila y Caribdis. Bien es verdad que en Africa mandaba el genio de la guerra, mandaba decidiendo, contra vientos tácticos de imposibilidad y mareas estratégicas de momento y lugar en contra, jugar con la razón y la sorpresa, atravesando el Estrecho sin fuerza, aun a riesgo de provocar la reacción. El convoy del 5 de agosto, tan explicado, discutido y conmemorado, tan napoleónico, rumbo a Egipto, proporcionó las tropas imprescindibles para echar a andar desde Sevilla. Los cuatro mil quinientos de Yagüe que alcanzaron en Badajoz la belleza de un enlace y alcanzaron en Arenas de San Pedro la belleza de una soldadura, sirvieron teorías de líneas interiores y de conjugación de Bases Navales, conjugación de esfuerzos Ferrol-San Fernando, que permitía el armamento de la Marina imprescindible para continuar la guerra.

* * *

El Ejército llega a Toledo. No está cansado, pero se ha estirado tanto, ha aumentado tanto la longitud de los frentes de contacto, que se duda, muy juiciosamente, que sobre un solo soldado para continuar la maniobra. ¿Habrá que detener la ofensiva?

No, porque a las dos horas de subir el Teniente La Huerta con su sección, por los escombros que se extendían desde la plaza de Zocodover hasta el patio central del Alcázar, con Carlos V en el suelo pero de pie, salían de El Ferrol dos cruceros —ya la Flota Nacional disponía de 1 acorazado y 2 cruceros—, dejando por su popa luces de coherería que lanzaba el pueblo en honor de Moscardó y de los mil cien valientes.

* * *

El 24 de septiembre, el General Mola, que ya conocía la próxima llegada del grueso de la Flota Roja a Bilbao, imponiéndole la detención de la ofensiva, llamó por teléfono al Almirante y le propuso un raid de cruceros al Estrecho, para ahuyentar a las fuerzas bloqueadoras, pasar un convoy de Ceuta a Algeciras, internarse en el Mediterráneo, bombardear la fábrica de cloro de Valencia y ¡regresar inmediatamente a Ferrol! «Durante su ausencia (de Ferrol) quedarán (los dos cruceros) provisionalmente a las órdenes del General Franco, General en Jefe del Ejército expedicionario.»

¿Otro 5 de agosto?

* * *

Ante la extrañeza de tal decisión, que obliga a creer que sólo se pensaba en una diversión estratégica sin rendimiento, en una acción corsaria de alfilerazos, sin consecuencias inmediatas ni mediatas, se aparece el General Franco telegrafando desde Cáceres el día 26, para preguntar si tendría probabilidades de éxito un ataque a la Flota Roja.

El General Franco, con este telegrama, se acredita como clásico, aunque acredite también su falta de información sobre la situación naval. Sabe que el primer objetivo es «la fuerza organizada del enemigo», conoce el «tout le monde a la bataille», no ignora que muchas de éstas adquieren rápidamente el carácter de decisivas... Pero sólo recibe esta contestación: «Cumpliendo orden General Mola, saldré anocheada hoy 27 con «Canarias» y «Cervera» efectuar incursión Mediterráneo, regresando seguidamente a Ferrol. Me propongo re-

calar Estrecho amanecida 29; desde allí telegrafiaré a V. E. poniéndome a sus órdenes.»

Ignoramos su reacción. Pero «por sus frutos los reconocereis». (Mat., VII-20).

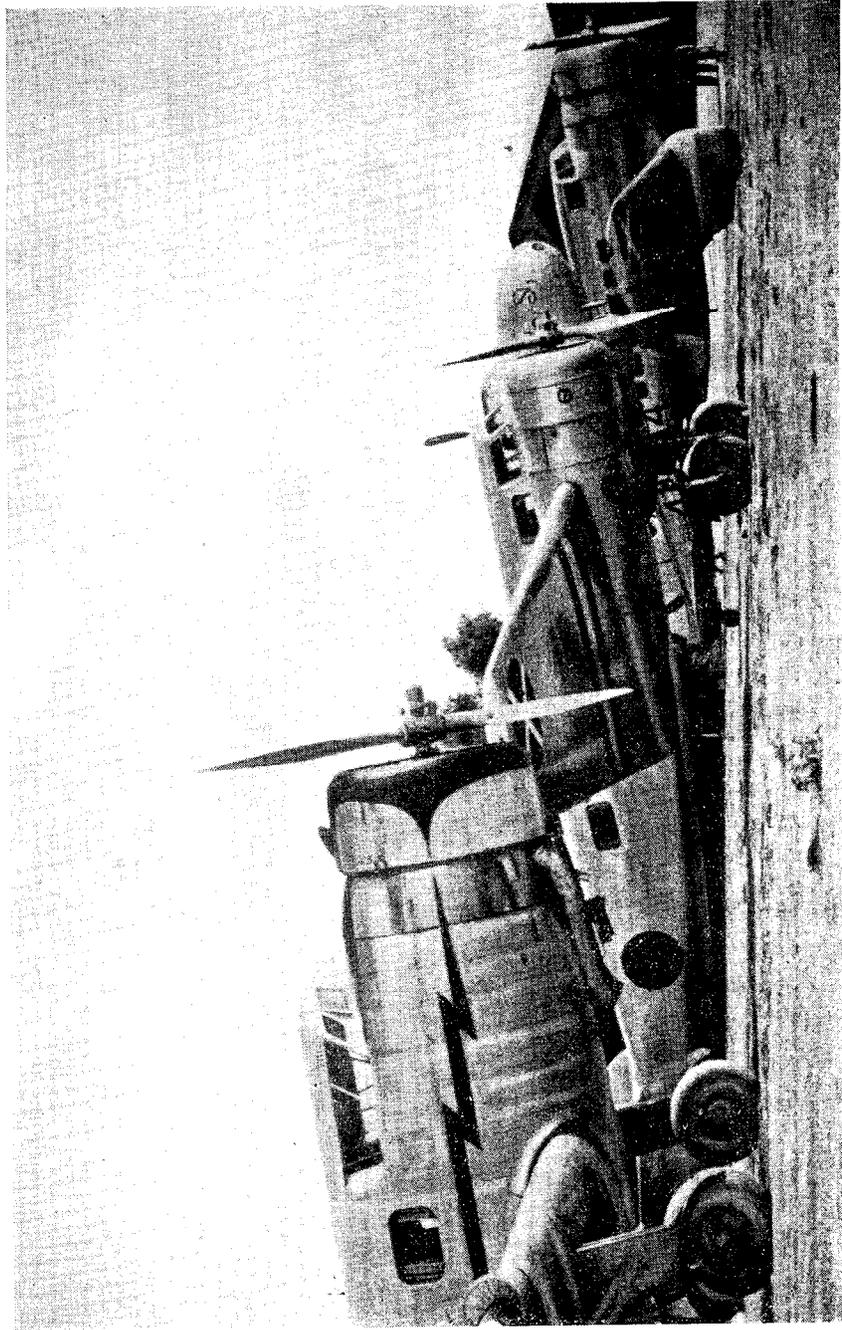
* * *

Los cruceros llegaron al Estrecho al día previsto. Automáticamente levantaron el bloqueo, hundiendo un barco y ahuyentando a los demás: uno, hacia Casablanca; los otros, a Cartagena, ante el temor de ser cañoneados y hundidos en Málaga, Base Naval de la Figura.

De la noche a la mañana —nunca mejor aplicada la fase— cambió de signo la situación estratégica. El primero en conocer el milagro —es natural— fue el General Franco, a cuyas órdenes combatían las supuestas fuerzas navales del General Mola, y digo supuestas porque las razones geográficas de Base de Organización no eran razón suficiente ante los dictados de la Estrategia. La pareja victoriosa no continúa en busca de objetivos de fábrica de cloro. Su misión única e indiscutible es establecerse «en potencia» allí y en ofensiva de Base Geográfica. Las Figuras del Estrecho desde los tiempos fenicios son así; la teoría de Bases que en sus aguas se instalan, desde Lisboa a Cartagena por el Norte y desde Casablanca a Mazalquivir por el Sur, responden a esta sabiduría, que no podemos alcanzar nosotros hasta los setenta y tres días de propuesta. Es un retraso importante de prioridad que impide alcanzar por sorpresa el objetivo político de Madrid. Pero quizá sea también un bien, porque la persistencia roja de Madrid, mito de heroísmo, aherrojaba la fuerza en el lugar por Franco deseado, hermanaba ideales separatistas y comunistas, que pudieran así pulverizarse a un tiempo. Para nuestra ventura no hicimos guerra de compartimentación orográfica ni de cuencas hidrográficas, ni de credos políticos. Hicimos guerra nacional, contra un poder invasor que ocupa Madrid a las órdenes del rey José... Stalin: como en 1808. Así resultan sinónimos Independencia y Liberación.

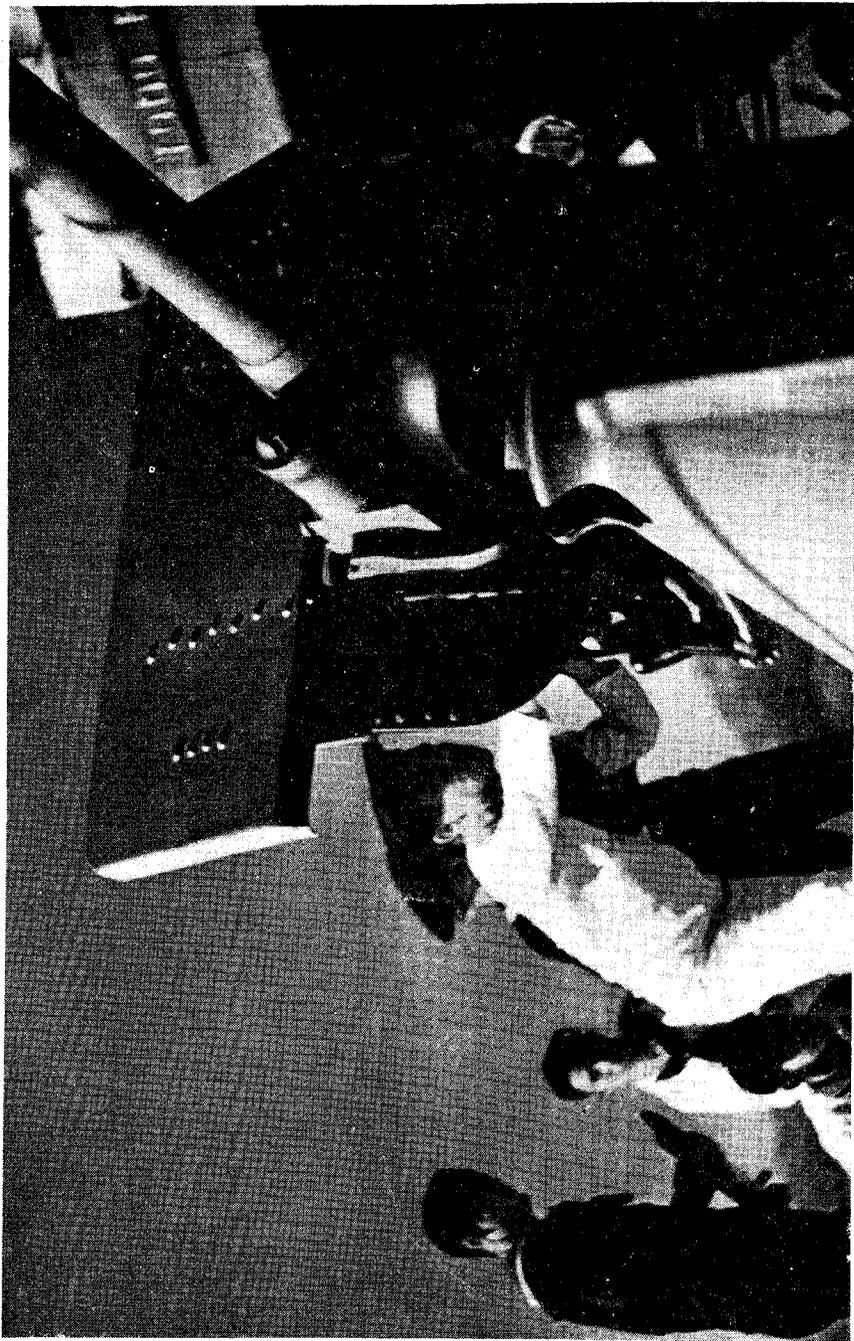
* * *

El primer efecto de la conquista del mar del Estrecho fue el replanteamiento general de la guerra, porque con ello la guerra había alcanzado la mayoría de edad.



El material de guerra de los Ejércitos nacionales se incrementó por muy diversos conductos. La flota llevó a cabo presas valiosísimas y aquí vemos varios aviones Vultee V. I. A., Wright Cyclone 850 H. P., Lockheed-Electra y Northrop, de los 30 aprendados por el «Mar Cantábrico» y que procedían de Méjico.

(Archivo del Servicio Histórico Militar.)



Artilleros de un buque nacional, disponiéndose a hacer fuego.

(Archivo «Yértice».)

Fue el clamor angustiado del enemigo y fue la conversión de este clamor en Brigadas Internacionales. Fue el artículo de «Pravda» detallando las medidas tomadas por los comunistas para conquistar el Poder en España. Fue la llegada de los diputados laboristas británicos a Madrid, para alentarlos y para basar su definición de que era monstruosa la política de neutralidad, monstruoso el Pacto de No Intervención y monstruoso el Gobierno de su Graciosa Majestad. Fue la solemne declaración del Consejo de la Paz: España Roja tiene derecho a recibir toda clase de ayudas; España Azul, no; declaración afirmada con grandes manifestaciones de apoyo ¡a Rusia! en Londres y París.

El segundo efecto fue el de alimentación de la guerra, cuando la guerra se hizo mayor de edad y no bastaban los biberones. La flor del Ejército de Africa dispuso de puente para pasar a la Península, y los ocho mil llegados en el primer momento a las cabezas de Algeciras y Cádiz entraron inmediatamente en el fuego, para reforzar el Ejército Liberador de Toledo y convertirlo en Ejército sitiador de Madrid, y para reforzar el Ejército de Galicia y convertirlo en Ejército Liberador de Oviedo.

El tercer efecto fue la apertura de las puertas del Mediterráneo, donde Mallorca vivía su figura clásica e inútil, apertura esparcidora del terror en las filas rojas; terror de todos los que pierden su retaguardia; terror de todos los que ven nacer un segundo frente.

Alarma en Cataluña, idéntica alarma en Bilbao, cuando las bayonetas de Mola lo amenazaban. Alarma en Valencia, que se prepara para ser Capital. Alarma general desde el 3 de octubre, entrada de nuestros Cruceros en el Mediterráneo, que dejan tarjeta de visita en Almería, Alicante y Barcelona, y fondean en Palma de Mallorca, Creta en Potencia ya, por este hecho, y ya no Creta inútil.

* * *

Ya manda Franco. «El regreso a Ferrol —dice el Almirante— queda tácitamente descartado.» En Cádiz se establece la ofensiva de Base Geográfica, porque los rojos forzosamente han de volver al Mediterráneo, de donde —si intentaban ganar la guerra— no debieron jamás salir.

En efecto, el grueso enemigo salió de Bilbao en la madrugada del 14 de octubre y fondeó en Málaga indemne en la mañana del 18, por-

que la Base Geográfica se frustró, o mejor dicho, la frustró la falta de exploración aérea, por ausencia de aviación naval. La aviación militar que la sustituía trabajó duro y bien, pero cometió errores al situar los barcos y obligó a los nuestros a rumbos equivocados, a golpes en el vacío.

Fue una buena suerte, porque enfrentar a dos cruceros contra un acorazado, 3 cruceros, 9 destructores y 6 ú 8 submarinos rojos era ciertamente arriesgado.

* * *

Los azules continuaron sus raids para insistir en convencer al adversario que la llegada de su grueso, no representaba recuperación de retaguardia. La entrada del «Canarias» en la bahía de Rosas, y los cañonazos disparados para hundir a un barquito de guerra allí fondeado, proporcionaron el éxito que se buscaba. A las cuatro horas de la acción, las radios catalanas utilizaron toda la gama de sus ondas para explicarnos cómo habían rechazado, con grandes pérdidas nuestras, dos tentativas de desembarco con varias barcasas y gran número de tropas...

El resultado fue el que la Generalidad movilizase a cuatro o cinco quintas más, para defender sus playas, y el resultado fue la atracción de la Escuadra a Cartagena, en especie también de Base Geográfica, para defender el Mediterráneo.

Nueva maniobra imprudente de los rojos, rápidamente contramanebrada por el Caudillo. A Málaga podían volver, pues la información acreditaba que un contubernio de oficiales rusos, comisarios políticos y propaganda, trataba de reorganizar aquellas fuerzas muy capaces de disputar el dominio del mar esencial que era el Estrecho. Por eso ordenó la conquista de Málaga, avance en que los barcos formaron el ala derecha de las tropas del duque de Sevilla. El 13 de febrero, con la conquista de Motril, se afirmó el dominio del mar desde sus orillas. A partir de entonces los Convoyes de África se transformaron en correos regulares, como en tiempos de paz. Enseñanza.

* * *

Fue una servidumbre estratégica grande al no poder continuar la ofensiva a Cartagena, como fue otra servidumbre no poder con-

tinuar desde el Deva a Bilbao, pero ambas no se parecen en nada. La detención en ésta fue por falta del dominio del mar, mientras la de aquélla fue simplemente política. Comités y Subcomités de más o menos intervención nos humillaban en el Cantábrico en cuanto, retirada la Escuadra Roja, se restableció el bloqueo cerrado. Vale más no recordar la, sin duda, página más dolorosa de nuestra guerra naval, sólo conocida por vivida y sufrida, por las modestas fuerzas navales de bloqueo, cruceros auxiliares y pesqueros apoyados, cuando se podía, por un barco grande.

La conquista de Bilbao, además de reducir la costa enemiga, proporcionó importante Base Naval avanzada; la de Santander redujo aún más el mar enemigo, y el 21 de octubre de 1937, con la de Gijón, dejó en retaguardia todo el mar y provincias Cantábricas. Repicaron las campanas, repique oído por las ilustres Potencias-demócratas reunidas en Lyon, donde celebraban la «Conferencia del Mediterráneo» en defensa de la «pacífica» navegación de este mar, sin duda atacada por alguien. Las Potencias, al parecer, ignoraban que el impulso de victoria de ese alguien era ya incontenible, aunque no quisieran reconocerle los derechos de beligerantes de una guerra mayor de edad, y los derivados derechos de bloqueo abierto.

IV

Mallorca se alzó e incorporó a la guerra en Figura Creta, de Geobloqueo de toda la costa peninsular del mar de Aragón, y aunque no podía establecer talasocracias minoicas ni podía exigir tributos de siete doncellas y siete mancebos, el Minotauro se albergaba allí, vivo y mugiente.

El único movimiento estratégico correcto de la Generalidad fue el de «estampillar» de Teseo al Capitán Bayo, en recuerdo, sin duda del legítimo Teseo, que fue el Señor Rey don Jaime el Conquistador, primero de éste nombre. La aventura de Bayo duró desde el 16 de agosto hasta el 4 de septiembre, día en que izó la vela negra, porque... Ariadna no apareció y no supo entrar en el Laberinto. Amable dejó unos cuantos cientos de mancebos y alguna que otra dudosa doncella, para aprovisionar la despensa, tiempo suficiente como

para esperar tranquilo la llegada de los talasócratas, los barcos, e inaugurar el bloqueo abierto.

* * *

Este bloqueo abierto figuró en la mentalidad del Caudillo como elemento permanente de maniobra.

En cuanto materialmente pudo, es decir, al acabar la campaña del Norte, nombró al Almirante de la Flota, Almirante Jefe de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire del Bloqueo. El 27 de octubre éste se posesionó del Mando. El bloqueo abierto reforzado con múltiples raids, y la observación estratégica «in being» de las Fuerzas Navales rojas, redujo a éstas prácticamente a no salir de Cartagena, aunque tuvieran la fortuna de hundirnos un crucero, como único éxito de su «chaqueteo» cotidiano.

Continuo bregar... y enseñanza que confirmó que Mallorca tiene gran capacidad ofensiva contra el Levante español; que confirmó que la estrategia «a la mahonesa», tan importante en la edad vélica, estaba superada, por cuanto Menorca, siempre en manos del enemigo, no pudo hacernos el más mínimo daño. A pesar de Menorca, de ese musoliniano portaviones fondeado, la isla de Mallorca pudo ver la llegada de las tropas a Vinaroz y pudo aprovisionarlas en este puerto; pudo ver la invasión de Cataluña; pudo ver la huida de los barcos rojos a Argel, y pudo vivir el final:

«La guerra ha terminado.»